

causan á sí mismas la muerte del alma, porque no obran lo bueno y se privan de la verdadera vida.

INQUIRAT PACEM.—Ya veis, carísimos hermanos, cuánto importa no hacer nada malo y practicar lo bueno; pero con esto no lo hemos dicho todo, pues por algo San Pedro añade en dicha Epístola: BUSQUE LA PAZ.—(*Inquirat pacem.*)

¿Qué paz es esta que hemos de buscar? Claramente lo dice San Pablo en su Epístola á los Romanos: «*El reino de Dios—dice—no es comida, ni bebida, sino justicia, y paz y alegría en el Espíritu Santo* (1).» Es decir, que la paz objeto de nuestros deseos es la que da la justificación, es el estado de gracia, es la pureza de la conciencia, es la vida inmaculada, es la que Jesucristo trajo del cielo á la tierra y que se obtiene por la buena voluntad, pues por algo los ángeles, al nacer el Salvador, hubieron de entonar aquel sublime cántico de alegría: «*Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.*»—*Et in terra pax hominibus bonae voluntatis.* (Luc., II, 14.)

En suma, la paz que hemos de buscar es el mismo Jesucristo, porque El no sólo es *la paz por esencia y el Príncipe de la paz*, como ya proclamaron los Profetas sino el dador de la paz; y así lo manifestó á sus discípulos antes de morir, diciéndoles: «*La paz os dejo, mi paz os doy; no como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón, ni se acobarde.*» (Joann., XIV, 27.)

Por último, dícenos el Príncipe de los Apóstoles en nuestra Epístola que *sigamos en pos de la paz* (ET SEQUATUR EAM), es decir, en pos de Jesucristo, *Rey de paz*, cuyo reino no tendrá fin (2). Esto es, carísimos hermanos, lo que pedimos al Señor todos los días, cuando decimos en el Padrenuestro: «*Venga á nos el tu reino.*» Reino de paz que, según expone San Juan Crisóstomo, es de cuatro maneras: 1.^a Sometiendo la carne al espíritu, para que las pasiones estén sumisas, y el alma goce de paz. 2.^a Reconciliándonos con el Padre celestial, para que seamos sus verdaderos amigos. 3.^a Uniendo á todos los pueblos y naciones con el dulce lazo de la caridad. 4.^a Concediendo á todos los unidos en Jesucristo la gracia de la perseverancia y que gocen de paz continua.—*Et regnum ejus non erit finis.*

He concluido, amados míos, lo que me propuse explicaros en la presente Dominica. Sólo me resta amonestaros con la misma Epí-

(1) Non est regnum Dei esca et potus, sed justitia, et pax, et gaudium in Spiritu Sancto. (Rom., XIV, 17.)

(2) Et pacis non erit finis. (Isai., IX, 7.)

tola de hoy diciéndoos: Hermanos; *santificad en vuestros corazones á Cristo nuestro Señor, hallándoos dispuestos á defender vuestra Religión contra los impíos que la combaten* (Verso 15)... *y si alguna cosa padecéis por la justicia, sois bienaventurados, porque los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos en los ruegos de ellos; así como el rostro* (indignado) *del Señor está sobre los pecadores. ¿Quién podrá dañaros si abrazáis el bien?* (Verso 12).—Nadie; y podéis tener la seguridad, en cuanto es posible, que después del tránsito fugaz por esta vida, alcanzaréis del Señor una eterna gloria, que disfrutaréis en las mansiones celestiales, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA 1.^a

Para el Domingo VI después de Pentecostés.

El Bautismo y sus efectos.



AMADOS míos en el Señor: La Iglesia nuestra Madre pone hoy á nuestra consideración los primeros versículos de la Epístola de San Pablo á los Romanos en su capítulo VI, á fin de hacernos comprender que los cristianos, no solamente *hemos de morir á todo pecado, sino que hemos de perseverar y crecer en la santidad* recibida por Cristo nuestro Señor en el Santo Bautismo. Imposible es elegir doctrina más importante y más provechosa para nuestro espíritu. Oigamos al grande Apóstol en dicha Epístola. Dice así:

«*Hermanos: ¿no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Jesucristo, hemos sido bautizados en su muerte? En realidad, somos sepultados con él en muerte por el Bautismo; para que como Cristo resucitó de muerte á vida por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida. Porque si fuimos plantados juntamente con El á la semejanza de su muerte, lo seremos también á la de su resurrección.*» (Rom., VI, 3 á 6.)

Quiere esto decir, amados míos, que los que nos hemos unido á Jesucristo por el Bautismo, como los miembros con su cabeza, lo

hemos hecho para ser semejantes al mismo Jesucristo muerto, puesto que hemos muerto por el Bautismo, á cuanto es pecado. Dos cosas, pues, importa considerar á este propósito:

- 1.^a Que los cristianos hemos de morir al pecado.
- 2.^a Que hemos de progresar en virtudes.

PUNTO 1.º

POR EL BAUTISMO MORIMOS AL PECADO

Ante todo, conviene considerar que el Bautismo, que todos hemos recibido, es un sacramento instituido por nuestro Señor Jesucristo para borrarlos el pecado original, para hacernos hijos de Dios y herederos de su gloria, ó sea para hacernos morir al pecado y resucitar á vida perdurable. El Bautismo equivale á morir con Cristo, para resucitar con Cristo; es una muerte antes de la muerte; es una muerte mística, antes de la muerte natural; es unirse intimamente á Cristo, y ser con El *muerto, crucificado, sepultado, plantado, resucitado y glorificado*. Lo cual, dicen los sagrados expositores, ocurre de tres maneras: como *tipo*, como *partición* y como *imitación*. Desenvolvamos algún tanto estas ideas, porque es muy útil considerarlas, y el corazón siente gozo en ello.

El Bautismo se ofrece á nuestros ojos como *tipo y representación de la muerte, sepultura y resurrección de Cristo*, y esto es admirable y consolador.

Cristo, en su humanidad sacrosanta, murió por nuestros pecados, ó sea para librarnos del pecado y de la muerte eterna por ellos merecida, y de semejante manera nosotros en la pila bautismal morimos realmente al pecado, ya por la virtud y eficacia del mismo Bautismo, ya porque en él renunciamos solemnemente á Satanás y á toda culpa, ya por el santo propósito que formamos de nueva vida. De donde se sigue que nosotros, al recibir sobre nuestras cabezas el agua de regeneración, nos comprometemos formalmente á tomar á Cristo *por modelo*, y morir crucificados en nuestras pasiones, sin culpa alguna personal, como El murió. Que es cabalmente lo que el Apóstol San Pablo dijo por estas palabras: «*Los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos en él?*» — (*Qui mortui sumus peccato, quomodo adhuc vivemus in illo?*)

En cuanto á la sepultura de Cristo, ¿quién no comprende que la trina inmersión del cuerpo en el agua, que se hacía en el principio,

ó la trina efusión de la misma agua sobre la cabeza del bautizado, que se hace hoy, significan los tres días que el cuerpo del Salvador estuvo sepultado en la tierra?

De igual manera, cuando en el Bautismo el cuerpo sale del agua puro y limpio, y el alma queda sin mancha de culpa, comenzando á vivir la vida de la gracia, ¿es posible no ver el cuerpo de Cristo salir del sepulcro *resucitado y glorioso* para comenzar una nueva vida inmortal y eterna? Pues esto y nada menos es lo que expresa en la Epístola de hoy San Pablo, diciendo: «*Somos sepultados con Cristo en muerte por el Bautismo; para que como Cristo resucitó de muerte á vida por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida.*» (Verso 4.) Es decir, en vida santa, pura y perfecta.

Todo esto acontece en la pila bautismal como *tipo y representación* de la muerte, sepultura y resurrección de Cristo; pero aún hay más aquí; pues como los sacramentos realizan, en quien dignamente los recibe, aquello que significan, es indudable que el Bautismo nos hace *participantes* de dicha muerte, sepultura y resurrección de Jesús; ó lo que es lo mismo, produce en nosotros los efectos de la muerte, sepultura y resurrección del Salvador divino. ¡Oh, si los hombres repararan bien en esto! Somos bautizados, es verdad, pero ¡cuán poco consideramos los grandiosos beneficios que en el Bautismo se nos otorgan! ¿Cómo hemos de estimarlos si no los conocemos? ¿Cómo hemos de conocerlos si no los consideramos? Ved aquí la utilidad de la presente enseñanza.

Fijémonos bien, amados míos: La muerte de Cristo se nos aplica en la sagrada fuente bautismal, y de tal suerte que ella se hace como nuestra; es como si nosotros mismos la hubiésemos padecido; pues por la aplicación de esta muerte, que Cristo sufrió por nosotros, son nuestros sus méritos infinitos, y son borrados todos nuestros pecados, no sólo en cuanto á la culpa, sino también en cuanto á la pena; de modo que, si después de bautizados muriésemos antes de cometer nuevos pecados, irían nuestras almas derechamente al cielo, sin pasar, ni poco ni mucho, por las llamas acrisoladoras del Purgatorio.

Y lo mismo que se nos aplica la muerte del divino Redentor, es también aplicada á nosotros su terrena *sepultura*; pues por ella nos hace el Señor la gracia de separarnos, con el corazón y con el afecto, del mundo corruptor, no de otro modo que si estuviéramos sepultados en la tierra. (*Consepulti enim sumus cum illo per Baptismum in morte.*)

Respecto de la *resurrección* de Cristo, ¿cómo dudar que nos es igualmente aplicada, y que por esta aplicación se nos otorga la gracia santificante, que es la vida divina, dándonos juntamente derecho á la gloria eterna, que es la consumación de la misma gracia?

Por último, es innegable que el Bautismo es para nosotros, no solamente *tipo y participación* de la muerte, sepultura y resurrección de Cristo, sino además imitación de esos divinos misterios.

«Somos bautizados en la muerte de Cristo», dice hoy nuestra Epístola.—¿Para qué?—Para que le imitemos, dando la vida por nuestros semejantes, si fuere preciso, para salvar sus almas, á la manera que Cristo dió la suya por nosotros y por la redención de todo el mundo. (*Baptizati sumus in morte ipsius.*)

Somos sepultados en la muerte de Cristo—añade—para que estemos muertos al mundo y al pecado; esto es, para que muramos antes de morir, para que le imitemos, porque ninguno es sepultado como antes no muera. ¡Desdichado aquel á quien la muerte coja vivo (en el sentido dicho), pues no podrá ir donde fué Cristo!

En suma: la cruz fué para Cristo, lo que el Bautismo es para nosotros. Cristo fué clavado en la Cruz, para morir según la carne; nosotros somos bautizados, para morir al pecado; somos crucificados juntamente con Cristo, cuando imitando su vida sacrosanta nos mortificamos, y todo esto, como está escrito, «para que sea destruido el cuerpo del pecado». (*Ut aboleatur corpus peccati.*)

Pues bien; esto es cabalmente lo que trata de impedir el *racionalismo* contemporáneo, ó sea los Estados independientes de Cristo, y por eso dicen: «Prescindamos del Bautismo; instálese en cada Ayuntamiento un *Registro civil*; cada ciudadano es libre de hacer lo que quiera. El Bautismo alista al hombre bajo las banderas de Jesucristo; hace de la vida humana una *vida sobrenatural*, cosa que nosotros no admitimos: el hombre nace bueno y la Iglesia trata de hacerle supersticioso. Arranquemos los niños de manos del Sacerdote que quiere bautizarlos; basta la perfección de su naturaleza para que sean puros y buenos.

Ved aquí, amados míos, á dónde se encamina la impiedad moderna: á renegar del dogma del pecado original; á rechazar el don inefable de nuestra incorporación á Jesucristo; á negar la eficacia de su muerte y resurrección; á desechar la Redención, que es el dulcísimo consuelo de nuestros corazones; á dejar á los tiernos infantes bajo la influencia de Satanás con el pecado de origen, sin que puedan jamás entrar en el cielo, y á privarles de los innume-

rables bienes espirituales que el Bautismo proporciona, y de la influencia misteriosa é inefable que experimentan al ser incorporados á Cristo nuestro Señor.

Abran, pues, los ojos los padres de familia; porque la recepción del Bautismo es la muerte del pecado y el principio de la vida eterna.

Mas como esta muerte, luego durante la mayor edad ha de ser continua, para que resucitemos como Cristo, y andemos en nueva vida creciendo siempre en virtudes, por eso es preciso que yo os explique ahora este punto importantísimo.

PUNTO 2.º

POR EL BAUTISMO NACEMOS Á LAS VIRTUDES

Admirable es, amados míos, *la muerte al pecado* que recibimos en el Bautismo, pero no es menos prodigiosa *la vida á la gracia* que en él se nos confiere. Bellamente lo expresó el Apóstol en la Epístola de la presente Dominica, diciendo: «*Hermanos: somos sepultados con Cristo en muerte por el Bautismo, para que como Cristo resucitó por la gloria del Padre, así nosotros andemos en novedad de vida.*» (Verso 4.) Lo cual quiere decir: A la manera que Cristo nuestro Señor, por la virtud de Dios, resucitó de entre los muertos, para comenzar una vida inmortal; así también nosotros, por el Bautismo, siendo representantes y partícipes de su resurrección gloriosa, hemos de salir de las aguas regeneradoras resucitados, para emprender nueva y celestial vida y perseverar en ella progresando siempre en virtudes». (*Ita et nos in novitate vitae ambulamus.*) PROGRESANDO, notadlo bien; porque eso significa la palabra del Apóstol: *Andemos*. El que anda no está quieto, sino que avanza siempre hacia adelante.

«El hombre en el estado de perdición—dijo Santo Tomas—necesitaba dos cosas: primera, participar de la divinidad; segunda, despojarse del hombre antiguo. Jesucristo nos las ha procurado ambas en el santo Bautismo, porque al infundirnos en él la gracia santificante *nos ha hecho partícipes de su naturaleza divina, y nos ha convertido en nuevas criaturas* (1).»

Necesidad apremiante era esta que nuestro dulcísimo Jesús sa-

(1) *Christus utrumque praestitit nobis: prius, dum nos per suam gratiam effecit divinae consortes naturae; posterius, dum per Baptismum nos in novam creaturam regeneravit.* (S. Tom., *De Peccat.*)

tisfizo cumplidamente; pues sabía muy bien, que así como es necesario nacer de Adán, según el cuerpo, para contraer el pecado original, así también para participar de la gracia santificante era preciso renacer del mismo Jesús, según el espíritu, por medio del Bautismo.

Con efecto: el Bautismo es la muerte de los pecados y la vida de las virtudes. Por el Bautismo, resucita el alma muerta por la culpa original, y recobra la vida de la gracia, que la hace hija de Dios y heredera del cielo.

Por el Bautismo, somos libertados de la esclavitud del demonio, quedamos libres de sus cadenas, y el Espíritu Santo toma posesión de nuestra alma y se complace en morar en ella como en su templo.

Por el Bautismo—dijo Tertuliano—se lava el cuerpo y se purifica el alma; tiene lugar la unción para consagrarla; se hace el signo de la cruz para fortificarla; y con la imposición de las manos, el Espíritu Santo baja sobre ella para iluminarla. (*De Resurrect.*)

Por el Bautismo muere en nosotros el viejo Adán y somos revestidos del nuevo, ó sea de Jesucristo, quedándonos francas las puertas del cielo.

Por el Bautismo somos todos como *injertados en Cristo* nuestro Señor, y siendo antes acebuches infructuosos, comenzamos á participar de la savia divina, que sube de la raíz, esto es, del Corazón sacratísimo de Jesús, á quien únicamente sea honor y gloria, porque las ramas reciben lo que la raíz les suministra y no tienen de qué gloriarse (1).

Este es el sentido de la Epístola de hoy cuando San Pablo dice: «*Porque si hemos sido plantados juntamente con Cristo á la semejanza de su muerte, lo seremos también á la de su resurrección.*» (Verso 5.) Es decir, que si ahora somos injertados en Cristo, por la recepción del Bautismo en semejanza de su muerte, recibiremos la vida espiritual del mismo Cristo, como la rama injertada recibe la savia de la raíz; y por consiguiente, viviendo de su vida, seremos también partícipes de su resurrección. El resucitó á vida nueva y gloriosa, y nosotros resucitamos ahora á la vida de la gracia, y después, llegado el tiempo, á la vida de la gloria. El tronco donde se hace el injerto y la rama injertada forman un sólo árbol y mueren ó viven juntamente, y de igual manera el cristiano injertado en Cristo muere ó resucita con el mismo Cristo.

(1) Noli gloriari adversus ramos. Quod si gloriaris; non tu radicem portas, sed radix te. (Rom., XI, 18.)

¡Ojalá que los cristianos de nuestros días se penetraran bien de estas verdades y consideraran la vida divina que reciben en el Bautismo! ¡Ojalá que comprendieran la altísima dignidad que en El reciben, haciéndose como una sola cosa con Jesucristo, y participantes de los méritos infinitos de su pasión, muerte, sepultura y resurrección! ¡Ojalá que, á semejanza de Cristo, murieran al pecado, al mundo y á sus concupiscencias desordenadas! ¡Ojalá que llevando siempre en la memoria la Epístola de este día, vivan como en ella encarga el Apóstol; esto es, *en vida nueva pura y santa, procurando ir siempre creciendo en el ejercicio de las virtudes!* ¡Ojalá que esto hicieran é hiciéramos todos!; pues entonces, así como Cristo resucitando llevó vida inmortal y gloriosa, así nosotros, resucitados por el Bautismo, llevaremos vida espiritual é inmaculada en este mundo, y después, en recompensa, recibiremos la corona inmarcesible de la gloria, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA 2.^a

Para el Domingo VI después de Pentecostés.

Crucifixión del hombre viejo.

MADOS míos en el Señor: La muerte de Jesucristo, su sepultura y su resurrección gloriosa, son el principio y el modelo de nuestra muerte al pecado y de nuestra resurrección á la gracia. Jesucristo murió corporalmente; el hombre nace muerto espiritualmente. Jesucristo fué sepultado en el sepulcro; el hombre es como sepultado en la pila bautismal. Jesucristo salió del sepulcro resucitado; el hombre sale también resucitado de la fuente sagrada. El hombre, pues, muere al pecado tan luego como le bautizan, y entonces comienza á vivir para Dios, vida de fe, vida de espíritu, vida sobrenatural, vida divina; resurrección gloriosa que enamora aun á los mismos ángeles.

Pues bien; partiendo de esta verdad inefable, levanta su voz el Apóstol de las gentes, y en la Epístola de hoy dice así: «*Hermanos;*